

DESCRIPCIONES DE PERSONAJES

Descripciones iniciales

Son las descripciones de los personajes que el autor utiliza inicialmente para presentarte a los niños de la historia.

Augustus Gloop

Un chico codicioso

Veruca Salt

Una chica mimada por sus padres

Violeta Beauregarde

Una chica que mastica chicle todo el día

Charlie Bucket

El héroe

Extractos

Son textos representativos del libro que describen a los personajes con más detalle.

Augustus Gloop

Al día siguiente, se encontró el primer Boleto Dorado. El descubridor era un chico llamado Augustus Gloop, y el periódico vespertino del Sr. Bucket llevaba una gran foto suya en primera página. La foto mostraba a un chico de nueve años que estaba tan enormemente gordo que parecía haber sido inflado con una potente bomba. Grandes pliegues flácidos de grasa sobresalían de todas las partes de su cuerpo y su cara era como una monstruosa bola de masa con dos pequeños y ávidos ojos currantes que miraban al mundo. El pueblo en el que vivía Augustus Gloop, según el periódico, se había vuelto loco de emoción por su héroe. Las banderas ondeaban en todas las ventanas, los chicos tenían vacaciones en la escuela y se organizaba un desfile en honor del famoso joven.

"Sólo sabía que Augusto encontraría un Boleto Dorado", le había dicho su madre al periodista. "Come tantos dulces al día que era casi imposible que no encontrara uno. Comer es su hobby, ya sabes. Eso es todo lo que le interesa. Pero aun así, eso es mejor que ser un gamberro y disparar tirolinas y cosas así en su tiempo libre, ¿no? Y lo que siempre digo es que no seguiría comiendo como lo hace si no necesitara alimentarse, ¿verdad? De todos modos, siguen siendo vitaminas. ¡Qué ilusión le hará visitar la maravillosa fábrica del Sr. Wonka! Estamos muy orgullosos".

Veruca Salt

De repente, el día antes del cumpleaños de Charlie Bucket, los periódicos anunciaron que se había encontrado el segundo Boleto Dorado. La persona afortunada era una pequeña chica llamada Veruca Salt que vivía con sus ricos padres en una gran ciudad lejana. Una vez más, el periódico vespertino del Sr. Bucket llevaba una gran foto de la descubridora, que estaba sentada entre su padre y su madre, radiantes, en el salón de su casa, agitando el Boleto Dorado sobre su cabeza y con una sonrisa de oreja a oreja.

El padre de Veruca, el señor Salt, había explicado con entusiasmo a los periodistas cómo se había encontrado el boleto. "Verán, chicos", había dicho, "en cuanto mi niña me dijo que tenía que tener uno de esos Boletos Dorados, salí a la ciudad y empecé a comprar todas las barritas Wonka que pude conseguir. Miles de ellas debo haber comprado. ¡Cientos de miles! Luego las hice cargar en camiones y enviarlas directamente a mi propia fábrica. Me dedico al negocio de los cacahuetses, y tengo unas cien mujeres trabajando para mí en mi casa, pelando cacahuetses para tostarlos y salarlos. Eso es lo que hacen todo el día, esas mujeres, se sientan ahí a desgranar cacahuetses. Así que les dije: "De acuerdo, chicas", les dije, "a partir de ahora, pueden dejar de pelar cacahuetses y empezar a pelar los envoltorios de estas barritas de chocolate" Y lo hicieron. Tenía a todas las trabajadoras del lugar arrancando el papel de esas barras de chocolate a toda velocidad desde la mañana hasta la noche.

"Pero pasaron tres días y no tuvimos suerte. ¡Oh, fue terrible! Mi pequeña Veruca se enfadaba cada día más, y cada vez que volvía a casa me gritaba: "¿Dónde está mi Boleto Dorado? Quiero mi Boleto Dorado". Y se quedaba tirada durante horas en el suelo, pataleando y gritando de la forma más inquietante. Odiaba ver a mi niña tan infeliz, así que juré que seguiría buscando hasta conseguir lo que quería. Entonces, de repente... en la tarde del cuarto día, una de mis trabajadoras gritó: "¡Lo tengo! Un Boleto Dorado". Y le dije: "¡Dámelo, rápido!" y lo hizo, y me apresuré a llevarlo a casa y se lo di a mi querida Veruca, y ahora es todo sonrisas, y tenemos un hogar feliz una vez más"

Violeta Beauregarde

"El tercer billete", leyó el señor Bucket, acercando el periódico a su cara porque tenía mala vista y no podía permitirse unas gafas, "el tercer billete lo encontró una señorita de nombre Violet Beauregarde. La llegada de nuestro reportero para entrevistar a la afortunada joven provocó una gran excitación en la casa de los Beauregarde: las cámaras hacían clic y los flashes brillaban, y la gente se empujaba e intentaba acercarse un poco más a la famosa chica. Y la famosa chica estaba de pie en una silla del salón agitando el Boleto Dorado a lo largo del brazo como si estuviera haciendo

señas a un taxi. Hablaba muy rápido y en voz muy alta con todos, pero no era fácil escuchar todo lo que decía porque masticaba ferozmente un chicle al mismo tiempo.

"Normalmente soy una masticadora de chicles', gritó, "pero cuando me enteré de estas cosas de los billetes del Sr. Wonka, dejé los chicles y empecé con las barritas de chocolate con la esperanza de tener suerte. Ahora, por supuesto, he vuelto a los chicles. Simplemente adoro el chicle. No puedo prescindir de él. Lo mastico todo el día, excepto unos minutos a la hora de comer, cuando lo saco y me lo meto detrás de la oreja para guardarlo. A decir verdad, simplemente no me sentiría cómoda si no tuviera esa pequeña cuña de chicle para masticar a cada momento del día, realmente no lo haría. Mi madre dice que no es propio de una dama y que se ve feo ver las mandíbulas de una chica subiendo y bajando como lo hacen las mías todo el tiempo, pero yo no estoy de acuerdo. Y quién es ella para criticar, de todos modos, porque si me preguntan, diría que sus mandíbulas suben y bajan casi tanto como las mías sólo por gritarme cada minuto del día.'

"Ahora, Violeta', dijo la señora Beauregarde desde un rincón lejano de la sala, donde estaba de pie sobre el piano para evitar ser pisoteada por la multitud.

"¡Está bien, madre, mantén tu pelo!' La señorita Beauregarde gritó. y ahora -continuó, dirigiéndose de nuevo a los periodistas-, quizá os interese saber que este chicle que estoy masticando en este momento es uno en el que he estado trabajando durante más de tres meses seguidos. Eso es un récord. Ha batido el récord que tenía mi mejor amiga, la señorita Cornelia Prinzmetel. ¡Y estaba furiosa! Ahora es mi posesión más preciada, este chicle lo es. Por la noche, simplemente lo pongo en el extremo del poste de la cama, y por las mañanas sigue siendo tan bueno como siempre: un poco duro al principio, tal vez, pero pronto se ablanda de nuevo después de que le haya dado unas buenas mascadas. Antes de empezar a masticar para conseguir el récord mundial, solía cambiar mi chicle una vez al día. Solía hacerlo en nuestro ascensor de camino a casa desde la escuela. ¿Por qué el ascensor? Porque me gustaba pegar el trozo pegajoso con el que acababa de terminar en uno de los botones de control. Entonces, la siguiente persona que llegaba y pulsaba el botón se llevaba mi viejo chicle en la punta del dedo. ¡Ja, ja! Y vaya jaleo que armaron algunos. Los mejores resultados se obtienen con mujeres que llevan guantes caros. Oh sí, estoy encantada de ir a la fábrica del Sr. Wonka. Y entiendo que después me va a dar suficiente chicle para el resto de mi vida. ¡Yupiii! ¡Hurra!"

Charlie Bucket

Y cada día, Charlie Bucket estaba más y más delgado. Su rostro se volvió aterradoramente blanco y pellizcado. La piel se dibujaba con tanta fuerza sobre las mejillas que se podían ver las formas de los huesos por debajo. Parecía dudoso que pudiera seguir mucho tiempo así sin enfermar peligrosamente.

Y ahora, con mucha calma, con esa curiosa sabiduría que parece venir tan a menudo a los niños pequeños en tiempos de dificultad, comenzó a hacer pequeños cambios aquí y allá en algunas de las cosas que hacía, para ahorrar su fuerza. Por las mañanas, salía de casa diez minutos antes para poder ir caminando lentamente al colegio, sin tener que correr. Se sentó tranquilamente en el aula durante el recreo, descansando, mientras los demás salían corriendo al exterior y lanzaban bolas de nieve y luchaban en la nieve. Todo lo que hacía ahora, lo hacía lenta y cuidadosamente, para evitar el agotamiento.

Fuente

Dahl, R. (2018). Charlie and the chocolate factory. Londres: Puffin.